

APRENDIENDO A PENSAR

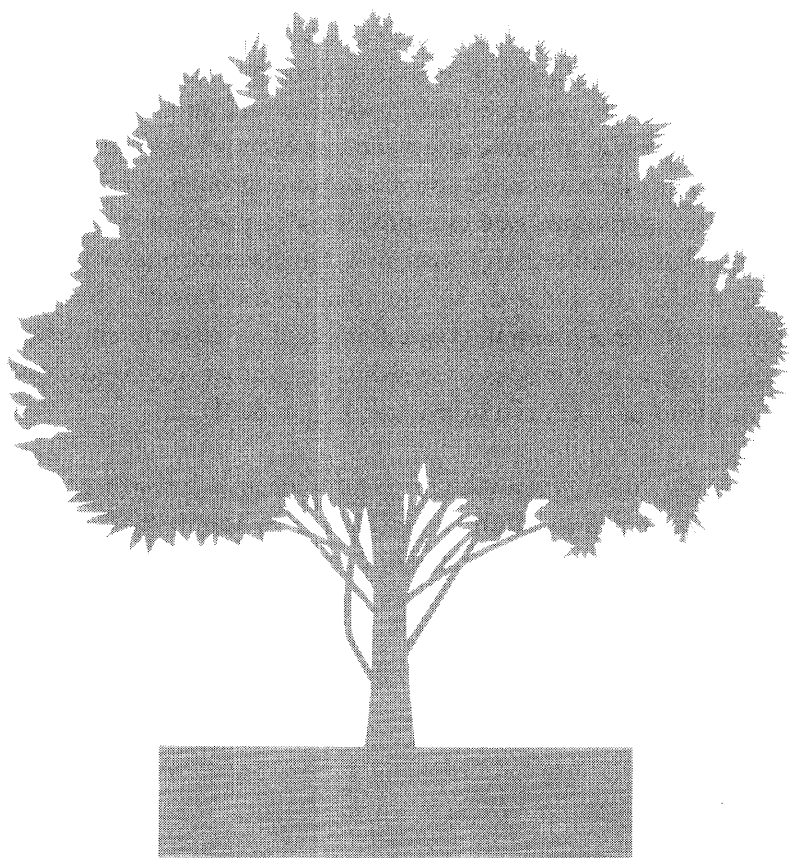
JUAN CARLOS OSSANDÓN VALDÉS



EDITORIAL
MONASTERIO

CAPÍTULO III

EL CAMINO HACIA LA VERDAD



1.- LA DIFICULTAD

Hemos logrado comprender que el hombre alcanza la verdad cuando emite un juicio. No basta pensar, queremos conocer. El concepto expresa lo que el hombre piensa, pero no sabe aún qué valor tiene lo que piensa. Es muy fácil pensar, por ejemplo, una sirena, animal mitológico muy popular en la antigüedad. Podemos imaginarla y comprender lo que hemos imaginado: pensamos una esencia abstracta caracterizada por ciertas propiedades que la distinguen de cualquier otro animal conocido: es una mujer-pep provista de una maravillosa voz con la que hechiza a los marineros que luego procede a devorar. Nos preguntamos, ¿existe tal animal marino?

La respuesta normal a tal tipo de preguntas podemos expresarla así: es verdad, yo lo vi. En otras palabras, hemos de recurrir a un *criterio de verdad* que nos permita juzgar la veracidad del juicio que pretende nuestro asentimiento. Ese criterio es la experiencia sensorial normal. Los científicos se preguntan, ¿es suficiente?

Basta preguntar a tres personas que presenciaron un hecho para obtener tres respuestas diferentes. Esto ha llevado a algunos a dudar de la efectividad de nuestro conocimiento e, incluso, a desesperar de que la verdad esté al alcance del hombre. Desde Descartes se ha considerado esta duda como el problema fundamental de toda la filosofía, que tiene que estar resuelto antes de empezar a filosofar. A partir de Kant se lo conoce como el problema *crítico*. Nosotros, por el contrario, pensamos que este problema se presenta cuando ya se han conocido muchas cosas, se han construido muchas nociones y pronunciados otros tanto juicios sin dudar de la veracidad de muchos de ellos. Por lo que no es el problema fundamental, el que tiene que ser resuelto en primer lugar, sino de algo mucho más modesto: se reduce a estudiar qué condiciones ha de cumplir un juicio para ser, efectivamente, el que debía ser.

Por lo demás, todos estamos conscientes de que nuestro conocimiento comienza en los sentidos externos; gracias a ellos adquirimos experiencia, la que nos rinde muy buenos frutos a la hora de dirigir nuestra conducta. No es sensato dudar, pues, de que conocemos el mundo que habitamos. Al mismo tiempo, nos hemos sorprendido muy equivocados en numerosas ocasiones, por lo que se nos hace patente que hemos de ser cautos antes de entregar nuestro asentimiento a cualquier juicio.

2.- EL CRITERIO DE VERDAD

Se trata, pues, de encontrar un asidero a nuestra ingenua confianza en nuestros modos de acercarnos a la realidad. La confianza infantil en nuestros sentidos ha sido puesta en duda por muchos pensadores desde la antigüedad. Otro tanto puede decirse de la capacidad de la inteligencia de demostrar que tal o cual juicio es verdadero. Pero, si dudamos de la inteligencia y de los sentidos, ¿qué queda? Habría que renunciar a todo conocimiento. Por eso muchos se preguntan: ¿Es razonable, es siquiera posible dudar de su testimonio?

Como en todos los problemas difíciles que los filósofos investigan, las opiniones se han dividido y todas tienen buenos argumentos en los cuales apoyar sus tesis. Sin embargo, es necesario decidirse si queremos seguir adelante en el estudio de la filosofía. Para ello hemos de sopesar las razones en las que se apoyan las diversas escuelas. Como el problema es muy difícil y estamos en una introducción, solo propondremos una visión parcial del mismo. Nos limitaremos a lo esencial y comenzaremos por reducir las muchas posiciones a tres corrientes principales.

A) El escepticismo.

Si bien no es la primera en aparecer históricamente, comenzamos por ella por razones metodológicas únicamente. Los escépticos niegan la capacidad del hombre de alcanzar la verdad. Hay un escepticismo absoluto que niega toda posibilidad en todo el ámbito del saber. Pero es muy difícil que una postura tan radical sea mantenida por mucho tiempo, por lo que la mayoría la atenúa de alguna manera; ya sea refiriéndola a alguna materia determinada, y, en ese caso, suele llamarse *agnosticismo*, o bien aceptando una cierta verdad práctica, verosimilitud, suelen llamarla, que nos permitiría tomar decisiones concretas.

Los más famosos escépticos de la antigüedad fueron: Pirrón de Elis, Arcesilao y Carnéades.

Los escépticos, tanto los famosos de la antigüedad como los menos famosos de la actualidad, ya que, al menos en la práctica, esta actitud es bastante común, suelen dirigir sus ataques, en primer lugar, al conocimiento obtenido por experiencia, aquel elaborado por los sentidos corporales. Se dice que los antiguos llegaron a presentar 600 ejemplos que mostraban los errores más comunes de la experiencia. Famoso es el caso de la vara que, al sumergirse en el agua, aparenta quebrarse; el de las torres cuadradas que, al mirarse de lejos, parecen redondeadas; al que se desliza por el río, le parece que los árboles

retroceden, etc. Ya san Agustín de Hipona dedicó un libro⁵ a la refutación de esta enfermedad intelectual que paraliza a la inteligencia. Nos parece que esta obra es la más completa y perfecta refutación de postura tan extrema. En defensa de los sentidos sostiene que ni el más absoluto de los escépticos se ha atrevido jamás a negar el hecho del *aparecer*. Atinadamente observa que los sentidos se limitan a dar testimonio de que algo *se les aparece*. Los ojos ven quebrarse la rama en el agua y dan testimonio de ello. Es la razón la que juzga si es efectivo lo que aparece al ojo, es decir, si la vara efectivamente se quebró, o bien si se trata de un fenómeno óptico provocado por un agente que se interpone entre el ojo y la vara, a saber, el agua.

Dado que hay ese agente, el ojo acierta al testimoniar lo que ve.

Aristóteles, por su parte, ya había observado que hasta el más escéptico se va por el camino que corresponde según los sentidos se lo atestiguan cuando necesita viajar⁶. En realidad, los ataques al testimonio de los sentidos corporales son muy ingeniosos, pero no convencen a nadie. El mismo que los da abandona el salón de clases por la puerta y no por la ventana...

Más grave para la ciencia es su descalificación de la inteligencia, creyéndola incapaz de distinguir la verdad del error. Para ello se fundan en las contradicciones de las teorías filosóficas, en la relatividad del conocimiento y en la imposibilidad de demostrar todo, por lo que nada queda demostrado en su misma raíz.

Es fácil comprender que si bien es cierto que los hombre están en desacuerdo en muchísimas cosas, el afirmarlo es ya conocer una verdad: los *filósofos están en desacuerdo*; lo que supone muchas verdades: que hay filósofos; que se distinguen de los demás hombres; que nosotros podemos conocerlos y distinguirlos; que existe entre ellos el desacuerdo; que no es lo mismo estar de acuerdo que no estarlo, etc. Puede Ud. seguir hallando verdades contenidas en este simple hecho. Por lo demás, el estudio del cuadro de las oposiciones nos enseña que hay, además de la contradicción, otros modos de oponerse las enunciaciones y que no todas ellas implican la pura y simple negación de la original. Puede pues, Ud., querido lector, construir el cuadro con la proposición que nos presentan los escépticos, calificarla de verdadera y comprender otras verdades a partir de ella. Proceda a convertirla y obtiene nuevas proposiciones verdaderas. ¿Para qué seguir? Observemos que el hecho de que se discuta y que esta actividad

5 "Contra Académicos". Hay edición bilingüe en la Biblioteca de Autores Cristianos. Obras de san Agustín. Tomo 3º.

6 "Metafísica" 1008,b,14.

sea constante a través de la historia y que se da en todos los niveles, revela que todos los hombres buscan afanosamente la verdad y no se conforman con el error. Por cierto que es difícil hallar ciertas verdades, pero no todas lo son. Porque si fuera imposible hallar verdad alguna, nadie discutiría.

La relatividad del conocimiento, el segundo argumento que vamos a examinar, implica dos cosas: como toda cosa está en relación con otra, es relativa a otra, su conocimiento implicaría el conocimiento de la otra para estar completo. Por lo que, para conocer una sola cosa, se necesita un conocimiento infinito⁷. Por otra parte, el conocimiento es relativo a la facultad que conoce y al sujeto que posee esa facultad; quien, debido a sus afectos, recuerdos, etc., deforma la realidad y obtiene una visión subjetiva de la misma.

Tampoco convence del todo este argumento, si bien es muy cierto lo que afirma. Ciertamente el hombre carece de un conocimiento exhaustivo de la realidad, privilegio exclusivo del Creador. Pero no es necesario conocer de modo total para lograr una verdad de nivel humano. Aunque yo desconozca muchos aspectos de las manzanas, sé que dos docenas hacen 24 manzanas. También es verdadero que, a menudo, el investigador resulta parcial y subjetivo en sus apreciaciones porque su situación histórica y afectiva lo impulsan en un determinado sentido. Por eso dijimos que la verdad humana no es una ecuación perfecta, exhaustiva, sino una ad-ecuación. El problema del escéptico estriba en que es demasiado exigente. En realidad, yo no necesito saber química para saber que una mesa está cubierta de polvo. Aunque reconocemos que solo un químico podrá determinar la naturaleza de ese polvo, sin embargo, mi afirmación es verdadera si, efectivamente, el polvo cubre la mesa.

Ya Aristóteles reconocía que la causa del escepticismo radica en esa necesidad de demostrarlo todo. Para demostrar la verdad de un juicio es necesario hacer uso de otro juicio que fundamente al que está en duda; en seguida se nos exige que usemos de otro para fundamentarlo y así al infinito. Mas no es necesario demostrarlo todo porque hay verdades que no necesitan ser demostradas ya que son directamente evidentes, como luego veremos. Nos basta con comprender que, si el escepticismo tiene razón, no existiría ningún tipo de conocimiento, ni sensible, ni intelectual. En ese caso, tampoco habría escepticismo, ya que éste es una postura ante el hecho del conocimiento. Y

⁷ Argumento ampliamente desarrollado por el Cardenal Nicolás de Cusa: "La Docta Ignorancia", escrito en 1440. Hay traducción española en Ed. Orbis. Buenos Aires. Argentina. 1984. Cfr. L.2º, c.5.

todo conocimiento es verdadero o no es conocimiento.

El error no nos transmite conocimiento alguno. Si creemos que una manzana es un pez, es obvio que desconozco qué sea una manzana, o qué sea un pez. Un juicio erróneo no me enseña sobre la materia que estoy estudiando. Por eso sostenemos que el problema *crítico*, que busca juzgar del valor del conocimiento, supone que éste existe y, por lo mismo, es verdadero.

Nos queda claro que el escepticismo absoluto es insostenible porque se contradice a sí mismo: está cierto de que es escéptico, establece que la postura escéptica es la verdadera. Todo lo cual es contradictorio, ya que el escepticismo consiste en negar la posibilidad de alcanzar la verdad. En definitiva, está negando el carácter y el sentido de nuestras facultades. En ese caso, ¿para qué las tenemos?

En la práctica, esta escuela filosófica se estrella contra la evidencia del progreso científico, técnico y de todo orden de la humanidad. Este progreso, si bien no es absoluto, implica siempre un conocimiento. Pero ya vimos que el conocimiento es verdadero, porque, si no lo es, nada enseña.

Los cristianos tenemos una razón particular para rechazar el escepticismo. Todo cristiano cree que el hombre ha sido creado por Dios para que lo conozca, lo ame y le sirva por sobre todas las cosas. Gracias a esta actitud, el hombre consigue la anhelada felicidad. Estamos, pues, ante el primer mandamiento de la ley de Dios, el que no sería posible si no conociésemos la verdad. La Revelación y el cristianismo mismo serían imposibles.

B) El criticismo

A partir de René Descartes, se inició una nueva corriente filosófica que tenía por objeto combatir el escepticismo fomentado por Montaigne. Para ello era necesario hallar un fundamento indubitable a nuestro conocimiento. Este autor aceptó el reto que nos lanza el escepticismo, como otrora lo hiciera san Agustín. El francés, al contrario del romano, va a aceptar, como punto de partida, la conclusión a la que llegan sus interlocutores. Comencemos, pues, dudando de todo conocimiento. Suspendamos todo juicio, incluso esas certezas espontáneas, como la existencia de cosas en nuestro entorno, y busquemos una certeza de la que sea imposible dudar. Una vez encontrada, como hemos dudado de todo lo demás, será necesario partir de ella para hallar nuevas verdades de las que tampoco se pueda dudar.

Descartes llamó a este método *duda metódica*. Si bien él quedó muy satisfecho con su hallazgo y con lo que dedujo de él, sus seguidores pronto comenzaron a dudar de lo bien fundado del procedimiento. Al siglo siguiente, Kant se esforzará por demostrar la validez del juicio científico, que, a su juicio, el francés no había podido fundamentar adecuadamente. A este nuevo método lo llamó *crítico*.

Esta actitud es, paradójicamente, muy ingenua. Descartes supone que es posible dudar de todo. Pero nadie, en serio, puede hacerlo. Porque no solo no duda de su propia duda, sino que tampoco de su capacidad para salir de ella, de su existencia en el mundo, ni de la de éste, etc., como ya lo había señalado san Agustín. Por otra parte, no resulta posible extraer todo el conocimiento de una sola verdad, como una serie de conclusiones en que cada una depende de la anterior de la que recibe su certeza. Este método fue ensayado por Álano de Lille para demostrar todas las verdades en que los cristianos creen y combatir a los musulmanes. Un discípulo suyo habría escrito, hacia 1190, el *Ars Catholicae Fidei*. Este intento de demostrar las verdades de fe en forma ordenada de modo que una sea antecedente de la siguiente y ésta, a su vez, de la subsiguiente, no tuvo éxito. Mucho menos podría resultar tratándose del universo intelectual completo.

Lo mismo puede decirse del intento de Kant. Usar la razón para *criticar* a la razón y hallar así la certeza de su buen funcionamiento, supone que la duda es artificial. Porque si fuera real, jamás se podría salir de ella. En ese caso, tampoco podría estar seguro de si duda o no... Mucho más habría que decir sobre la ingenuidad de *criticar* a la razón mediante la razón, pero no olvidemos que estamos tan sólo en una introducción.

C) El dogmatismo

Los partidarios del criticismo han calificado de *dogmáticos* a los que se han negado a seguirlos en el camino de la duda y de la crítica de la facultad de conocer. Ya vimos que, para nosotros, proceder a usar la inteligencia para criticar a la inteligencia es una ingenuidad.

Dogma es una palabra griega que significa verdad. Un filósofo dogmático, pues, es el que está seguro de la existencia de verdades al alcance del conocimiento humano, las que no pueden ser puestas en duda ni criticadas. Estas verdades son conocidas como *evidencias inmediatas*, otros autores prefieren llamarlas *certezas naturales*.

¿Puede iniciarse investigación alguna si se carece de toda evidencia previa a la investigación? La respuesta es clara: no. Por lo que es imposible dudar de todo e, incluso, la postura crítica. Si usamos la inteligencia es porque confiamos en ella. Como ya san Agustín lo probó en muchas de sus obras, hay una enorme cantidad de verdades que la inteligencia conoce sin esfuerzo alguno; por ej.: toda proposición disyuntiva perfecta, como ser: *el número de estrellas es par o impar; esto existe o no existe*. Todo lo cual demuestra que la naturaleza de la inteligencia está abierta a la verdad. Todo conocimiento verdadero es un verdadero conocimiento. Todo falso no es un conocimiento ya que nada enseña. Además de otras evidencias inmediatas como la propia existencia, mi calidad de ser vivo, pensante, volente, sentiente, afectivo, etc., que tampoco nadie puede poner en duda con un asomo de sinceridad.

Algunos filósofos han puesto tres verdades como las fundamentales de las que nadie puede dudar:

- Existencia del que duda o investiga.
- La verdad del principio de contradicción.
- La capacidad de la inteligencia para adquirir conocimientos.

Ni santo Tomás ni los tomistas actuales se reducen a estas tres básicas, sino que reconocen la capacidad de la experiencia en general y de la razón en sus primeros principios para fundar la certeza que necesitamos⁸.

3.- EXPERIENCIA Y PRIMEROS PRINCIPIOS

La mayoría de los filósofos cristianos siguen la doctrina dogmática. Aunque el nombre no nos guste, como que fue impuesto por nuestros enemigos, nos declaramos en su favor por ser la que mejor respeta los datos objetivos del problema y cuenta con las mejores razones en su apoyo.

En esta línea de pensamiento, todo conocimiento tiene su origen en la experiencia sensible, o bien en los primeros principios, o bien en ambos.

Los escolásticos medievales decían: *contra la experiencia no valen las razones*. Con esto querían decir que, aunque alguien demostrase con muy buenas razones la imposibilidad de algún fenómeno, si en la experiencia tal fenómeno se producía, esas razones carecían de valor. En otras palabras, la experiencia es la primera fuente de todos los conocimientos. Pero como es limitada, a veces sucede que razonamos a partir de ella y no logramos acertar, por no tener

⁸ En el capítulo noveno volveremos al tema. Página 135.

una experiencia completa. Por ello se produce el fenómeno que creíamos imposible. Eso aumenta nuestra experiencia y mejora nuestro conocimiento del mundo. Cuando estudiemos la inducción comprenderemos mejor la causa de esta limitación

El poner a la experiencia como el fundamento de todo conocimiento es una de las glorias de Aristóteles. Para él, la inteligencia nace en blanco, en absoluta ignorancia, de la cual es extraída por las sensaciones y percepciones. Esta doctrina recoge la observación que hicimos poco ha cuando advertimos que el concepto es forjado cuando intentamos comprender los datos que los sentidos nos entregan.

Los científicos exaltan hoy su importancia. Sin ella no habría ciencia de la naturaleza ni tecnología. Cuando estudiemos el método de estas ciencias veremos cuán importante es la afirmación de Aristóteles. Sin embargo hay que evitar una peligrosa exageración que ha hecho mucho daño. Porque los que la aceptan se dividen en dos escuelas que se oponen en algo realmente sustancial.

A) El empirismo

El *empirismo* ha limitado el conocimiento intelectual a la experiencia sensible, no contentándose con reconocer que se origina en ella, como hacían los escolásticos, mejores intérpretes del griego famoso. Al reducir el saber al interior de ésta, dejan fuera lo que no es alcanzado por los órganos sensoriales con lo que se empobrece y reduce su ámbito. En la antigüedad caen en esta reducción pensadores tan notables como Demócrito de Abdera; en la edad media nos encontramos con Guillermo de Ockham y otros autores de los siglos XIV y XV; en la modernidad podemos destacar a David Hume y entre los contemporáneos a Auguste Comte. Como puede verse, siempre ha hallado notables defensores, tal vez, por su simplicidad: hay un único origen para nuestro conocimiento lo que limita su alcance y lo circunscribe al mundo que rodea nuestros sentidos. Por lo mismo es la postura que convence a la mayoría de los científicos de la actualidad, si bien nunca han meditado estos problemas; es decir, son empiristas sin darse cuenta. Tampoco advierten que semejante tesis filosófica, no científica, limita atrozmente nuestro saber hasta hacer imposible la ciencia.

La base del empirismo radica en una confusión lamentable: no distinguen adecuadamente la imagen del concepto. Ya observamos que, habitualmente, poseemos buenas imágenes acompañadas de conceptos muy vagos y pobres. A pesar de lo cual nos bastan para la vida cotidiana. Incluso los científicos y filósofos, encuentran graves dificultades para comprenderlos cuando se

apartan de la experiencia. Por ello la filosofía, que es la que más se aleja de ellas, es la ciencia más difícil de comprender.

Que todo conocimiento se apoya en imágenes es una verdad fácil de comprobar. Recordemos algunos vocablos con los que designamos actos que pensamos ser exclusivamente espirituales: *espíritu, inteligencia, considerar, etc.* Es fácil comprender el origen sensorial de estas voces. *Espíritu*, designa al aire, al soplo o brisa, en su latín original; *inteligencia* significa, también en latín, leer en o bien entre (varios); *considerar* proviene de *cum sidera*, con las estrellas, y hace alusión a la atenta observación de ellas que hacían los astrónomos antiguos.

Hasta aquí estamos en la teoría desarrollada por Aristóteles. Lo propio de los empiristas radica en que se obstinan en sostener que no es posible superar este nivel, que todo nuestro saber queda circunscrito a lo que los sentidos nos entregan. No es posible pasar de allí. Por lo mismo niegan lo que denominamos realidad espiritual y hacen imposible el conocimiento religioso desarrollado por el cristianismo desde sus orígenes.

Para el que comprendió la diferencia entre el concepto y la imagen, el error empirista es claro. No podemos confundir estos actos tan diversos entre sí. El concepto se basa en la imagen, pero logra algo más. Así, es más fácil imaginar que definir un ratón, una vaca, una ballena; por el contrario, es más fácil definir que imaginar un mamífero, un vertebrado, un cordado. Estos conceptos son científicos y engloban a los anteriores; en efecto, todo ratón, vaca y ballena serán siempre un mamífero, vertebrado, cordado, según enseña la taxonomía científica comúnmente aceptada. Ciertamente es bastante difícil hacer la imagen que represente a todos los animales a los que se les aplican los taxones⁹ mencionados.

Más fácil aún es advertir que las matemáticas no deben su rigurosidad y exactitud a la experiencia. ¿Qué le debe a la experiencia el álgebra? Nadie discute hoy que sin matemáticas poco nos quedaría de las ciencias que tanto nos enorgullecen. Esto se debe a que aquélla es una ciencia racional, no empírica; su fuerza no proviene de la experiencia sino de los primeros principios de la razón.

Digamos, finalmente, que los empiristas no han profundizado, aunque parezca una paradoja, en el conocimiento sensorial. Lo limitan a la sensación.

⁹ Taxón: cada una de las categorías que usa la taxonomía, es decir, la ciencia que clasifica los seres vivos.

Pero Aristóteles¹⁰ ya había advertido que hay sentidos internos que “modifican” este conocimiento. Hoy distinguimos la *sensación*, acto de los sentidos externos, de la *percepción*, acto del sentido interno. Este último reúne a todos los datos exteriores, a las sensaciones, de modo de obtener la unidad del objeto que las origina. Al abrir la ventana de mi habitación, no tengo la impresión de ver manchas verdes, grises y rojas, sino árboles, el pavimento y un auto que se desliza sobre él. La interpretación empirista es reduccionista hasta al hablar del conocimiento sensible.

B) El intelectualismo

El *intelectualismo*, después de aceptar que el origen de todo nuestro saber se halla en la experiencia, agrega, con Aristóteles, que hay una segunda fuente y que, por lo tanto, se puede superar la experiencia sensible. Esa segunda fuente, desde la edad media, se conoce como los *primeros principios de la razón*.

Como hemos dicho tantas veces, la inteligencia, cuando logra comprender lo que los sentidos le presentan, forma un concepto. Mas el entendimiento no se limita a comprender la esencia de los entes naturales, ya vimos que aquello era sumamente difícil, sino que alcanza primero la esencia de ciertos aspectos de la realidad que, si bien no son la esencia de animales y plantas, sí son reales. De este modo, comenzamos comprendiendo cantidades, relaciones, cualidades que se hallan presentes en ellos. Por lo tanto, sea lo que sea lo que la inteligencia comprende, lo expresa en un concepto gracias al cual obtiene una esencia inteligible. Puesta esta esencia en contacto con otra, el entendimiento advierte de inmediato nuevos aspectos inteligibles que le permiten construir nuevos conceptos y nuevos juicios.

Un ejemplo simple nos hará comprender tan abstracta doctrina. Al comprobar la complejidad de los entes que nos rodean, comprendemos que todos ellos están conformados por aspectos cuya suma constituye al ente natural. Llamemos *todo* al ente y *parte* a cada uno de sus aspectos cuantitativos. Hemos forjado, pues, dos nuevos conceptos: parte y todo. Éstos expresan algo real, observado por la inteligencia al comprender la experiencia, si bien no representan la esencia real de ente natural alguno. Ahora bien, si pongo en contacto ambos conceptos, inmediatamente, en el acto, comprendo que necesariamente y siempre el *todo es mayor que la parte*. Este juicio es verdadero y no necesita demostración alguna, es *evidente*. Nos basta con comprender los conceptos que hemos empleado en su construcción para que su verdad salte ante nuestra vista intelectual. Como no se funda en un juicio anterior,

10 “De Anima”, L. 3º, c.1.

es *primero*, y como es principio de nuevos conocimientos, es *principio*. Es un *primer principio* construido exclusivamente por la razón humana.

¿Cuántos principios primeros puede construir la mente? Nadie puede saberlo. Tan solo afirmamos que son innumerables las verdades que la inteligencia puede comprender de inmediato por el solo hecho de entender los conceptos a partir de los cuales se construye la enunciación que las expresa.

Los filósofos han preferido aplicar la expresión *primeros principios de la razón* tan solo a aquéllos que son indispensables para construir la ciencia. Cuando estudiemos el silogismo, veremos otros de importancia capital para el raciocinio. Ahora nos limitaremos a mostrar únicamente dos:

- El *principio de contradicción*, como lo llamó la escolástica y que últimamente se ha preferido llamar de *no-contradicción*. Mantenemos la expresión clásica porque el principio nos enseña que la contradicción puede darse en nuestro pensamiento con consecuencias fatales para el mismo. En otras palabras, ante el hecho palmario de la contradicción nos enseña a no contradecirnos, a evitar caer en contradicción. Este principio puede expresarse de diversas maneras. Una de ellas, de raigambre metafísica, dice así: *Nada puede ser y no ser al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto*. Una formulación lógica dice: *No se puede afirmar y negar lo mismo de lo mismo*. Este principio es necesario para pensar. Está siempre presente, aunque nunca pensemos en él. Si discutimos sobre naranjas, lo hacemos en virtud de este principio, ya que lo que afirmamos sobre ellas, sobre ellas lo afirmamos y no lo negamos. Una afirmación no es una negación y viceversa. Es decir, si afirmamos, realmente afirmamos; si negamos, realmente negamos. Si no nos atemos a él, nos sería imposible pensar; tampoco nos sería posible hablar.

- El *principio de causalidad* es el fundamento de toda ciencia y de todo progreso. Porque, en definitiva, lo que busca la ciencia es la causa y su hallazgo es lo que permite el progreso. Ante la experiencia, nos preguntamos, ¿por qué esto se presenta así? Si reflexionamos un instante, nos damos cuenta de que iniciamos una investigación cuando nos convencemos de que hay algo más de lo que los sentidos nos presentan. Ese algo más es la causa de lo que aparece a primera vista. El médico investiga la causa de los síntomas que el enfermo le presenta y el mecánico la causa del desperfecto del motor. Porque también la tecnología depende de este principio. Hay muchas maneras de expresarlo: *Todo compuesto tiene causa. Todo lo que puede ser y no ser tiene causa. Todo lo que comienza a ser tiene causa...* A primera vista nos parece difícil de comprender. Limitémonos a la primera enunciación, que se debe a santo Tomás y que es la más fácil de entender. Un compuesto es un todo

construido a partir de ciertos elementos cuya unificación constituye al todo. ¿Qué los unió si, en sí, son diferentes? Como por sí mismos son diferentes, en consecuencia no son capaces de explicar la unidad del todo. Hemos de aceptar que algo diferente de ellos y del todo los unió. Ésa es la causa. Basta pues comprender al *compuesto en cuanto compuesto*, es decir, en cuanto heterogéneo, para comprender que los elementos que entran en la composición explican la heterogeneidad pero no la unidad. Necesitamos, pues, de algo que explique esa unidad: una causa.

C) El racionalismo

El *racionalismo* se opone al empirismo. Así como éstos creyeron que bastaba la experiencia para explicar el origen y el alcance de todo el conocimiento humano, aquéllos pensaron que bastaba la razón y desconfiaron de los sentidos. Mientras los primeros presentan a las ciencias que se ocupan de la naturaleza, física, química, biología, etc., como las ciencias por excelencia, los segundos prefieren las ciencias del número y la cantidad, aritmética, geometría, álgebra, etc., como el modelo a seguir. Porque no basta con comprobar un hecho, nos aseguran, sino que es necesario llegar hasta las leyes universales para construir una ciencia. Pero estas leyes están completamente ocultas a la experiencia que se sirve de los sentidos corporales. A lo más, éstos podrán servir de apoyo, como los ejercicios de geometría, pero jamás serán suficientes para demostrar las leyes que guían al conocimiento científico. Ésta, pues, se explica por ideas o leyes de la razón, innatas; es decir, la inteligencia nace con esas leyes, esas ideas.

En la antigüedad podemos decir que Parménides sostiene una posición de este tipo; en la edad media, aunque no hay racionalistas propiamente dichos, podemos mencionar a Juan Escoto Eriúgena; en los tiempos modernos, época en que propiamente se establece esta doctrina, tenemos a su precursor inmediato, René Descartes y a su máximo exponente, Leibniz; para continuar en la contemporánea convertida ya en *idealismo* en un Hegel y muchos otros.

Creemos que el éxito de esta postura se debe a su facilidad. Porque lo realmente difícil es armonizar el conocimiento sensible con el intelectual y explicar que se necesitan mutuamente, tal como lo hizo Aristóteles. Ya vimos que los empiristas solucionaban el problema basándose en el mero buen sentido del campesino: sin experiencia no hay conocimiento. Los racionalistas, en cambio, se fijan en la construcción científica ya terminada que tanto se aparta de la experiencia común. Ninguna de estas doctrinas, empero, logra enfrentar todos los datos del problema y armonizarlos entre sí, como lo hace el intelectualismo.

D) La filosofía cristiana

Llamamos *filosofía cristiana* a un hecho histórico innegable. La *Revelación* ha impulsado la reflexión filosófica, iluminando muchos aspectos de su campo propio, le ha planteado nuevos problemas, antes impensados. Podemos decir que prácticamente toda la filosofía desarrollada en Europa, entre los siglos IV y XVIII, es cristiana. Hoy, empero, se denomina así a la escolástica y sus continuadores hasta el día de hoy.

En el problema que tratamos, su trabajo se ve enriquecido con nuevas aportaciones. Una de ellas es la idea de *creación*. Si bien la inteligencia natural puede llegar a establecerla como origen del mundo, sin embargo, no hay filosofía alguna anterior a la Revelación que lo haya hecho. Pues bien, este concepto arroja nueva luz sobre esta cuestión. El Creador omnipotente no puede haber estado equivocado cuando creó al hombre. Si le dio sentidos e inteligencia, ambos son necesarios para conocer adecuadamente la realidad que le rodea. La ciencia que no es más que el modo más perfecto de conocerla, ha de servirse de ambos. El hombre, pues, no se reduce a la condición de bestia evolucionada ni a la de ángel en desgracia; es y ha sido siempre un animal racional, provisto de un complejo sistema de conocimiento que unifica, en cierto modo, tanto el modo de conocer de la bestia como el del ángel. Supera a la primera pero no alcanza al nivel del segundo. Los empiristas prácticamente nos reducen al primer nivel mientras los racionalistas pretenden instalarnos en el segundo. Ni lo uno ni lo otro. Por ello, la mayoría de los cultores de la filosofía cristiana se inclinan por aceptar las tesis del intelectualismo que algunos prefieren llamar *conceptualismo*. Recordemos que estos nombres son puestos por los historiadores y no siempre se consigue la unanimidad. Los principales cultores de esta doctrina son Aristóteles, su fundador, y santo Tomás de Aquino, quien mejor comprendió y perfeccionó al filósofo griego.

En el apartado la *imagen y el concepto*, vimos la base de esta posición. Gracias a los sentidos, el hombre entra en contacto con la realidad que le rodea. Mas es verdad que éstos captan únicamente aspectos exteriores, accidentes en lenguaje técnico; sin embargo, su testimonio no merece dudas, siempre que sea bien comprendido. Ahora bien, la inteligencia procura comprender qué encierran esos datos aparentemente opacos, busca la esencia oculta tras ellos. En este esfuerzo por hallarla, va construyendo conceptos, muy confusos y aproximados al comienzo, mas, poco a poco, más precisos y claros. Con estos últimos va a construir la ciencia. Como cada concepto capta parcialmente la realidad, el intelecto ha de estudiar cómo debe referirlos al mundo real a fin de representárselo adecuadamente. Así nace el juicio, el que, si responde adecuadamente al mundo real, será verdadero. Pero la labor de la inteligencia

no se limita a referir conceptos a la realidad, también los organiza entre sí para crear una explicación racional de lo que la experiencia le muestra. En este momento nace la ciencia que consiste en un inmenso trabajo en el que se emplean todas las capacidades cognitivas del hombre y donde les cabe una función especial a los primeros principios de la razón, como más adelante se verá.

Mientras el empirismo no podía justificar que la ciencia fuese capaz de alcanzar juicios universales, válidos para todos los fenómenos, y el racionalismo se veía forzado a suponer la presencia de ideas innatas o categorías del mismo tipo para justificarlas, el intelectualismo explica esta extraordinaria capacidad de la ciencia al hacer comprender que lo propio del entendimiento es forjar conceptos universales y relacionarlos entre sí. Como son universales los conceptos, también lo serán las relaciones. Logrando así una visión de la realidad universal, es decir, válida para todos los tiempos y lugares. Por eso nos sorprendemos al estudiar ciencias y hallar que ciertas verdades fueron descubiertas hace siglos y siguen siendo repetidas en las universidades actuales. ¿Sabía Vd. que la esfericidad de la tierra es una idea aceptada por muchos estudiosos griegos antes de que comenzara nuestra era y que fue demostrada por san Alberto Magno en el siglo XIII?